

PARTE QUINTA.

PASO PRIMERO.

UNA CASA DE VECINDAD.

.....mas, hijas,
Una ración desdichada
De veinte y un cuartos pagados
Regularmente en tres pagas,
Que son tarde mal y nunca,
Para afileres no bastan.
Y así es forzoso ingeniar-se.

DE UN INGENIO.

Entremos, lector amado,
De vecindad á una casa,
Y otra historia comencemos,
Pues *lo que abunda no daña*.

Estoy contra este refran,
Por que puede la abundancia
En lo malo-estar, y entonces
Lo que abunda al hombre mata.

Mas dejemos el paréntesis,
Y volvamos á la casa
De vecindad, sin meternos
A correctores de nada.

Tiene en el patio diez cuartos
O viviendas, si te agrada,

Donde vive jente pobre
Que en la miseria se halla.

Pero que vive contenta,
Sin pensar en el mañana,
Porque en teniendo frijoles (1)
Y tortillas (2), no se afana.

Un petate que arrimado
De dia á un rincon se halla,
Es el que en el suelo estiende
Por la noche; y es su cama.

Con trapos bien enrollados
Improvisan una almohada,
Y lo mas, para cubrirse,
Una rota y sucia sábana.

La cocina es una hornilla.
En un rincon colocada,
Donde cuecen los frijoles
En una olla ya rajada.

Y unos cuantos trastecitos,
Que *tinajero* le llaman,
En la pared, por adorno,
Se miran, puestos con gracia.

(1) Judias.

(2) Pan de maiz.

Para comer, el cuchillo,
El tenedor y cuchara,
Son los dedos, nada limpios,
Que muy rara vez se lava.

Mas ya he dicho que esta gente
De menos nunca echa nada,
Así es que es la mas feliz
Que en todo México se halla.

En las fiestas y paseos,
Do quiera en fin que ella vaya,
A comer ó à merendar
Se sienta con gran cachaza.

De ella es el mundo, ella goza,
Ella rie y ella canta,
Y libremente disfruta
De todo cuanto le agrada.

Y de la suerte que viven
Las personas de esta casa,
Viven en México todas
Las de las viviendas bajas.

Pero advertir es preciso,
Antes que adelante vaya,
Que hay tambien en estos cuartos
Personas bien educadas.

Personas cuyas viviendas
Están limpias cual la plata,
Y en donde se ven bien puestas
Sillas y agradables camas.

Mas volviendo al edificio
Do nuestra historia nos halla,
Y dejando á los que viven
En cuartos bajos en calma.

Subamos en el momento,
Sin pronunciar mas palabras,
A los altos, que es do vive
La clase media ó mediana.

Es un corredor cuadrado
Con cinco viviendas claras,
Donde macetas con flores
Se ven do quier colocadas.

Vive en una un retirado
De la independenciam sacra,
Con cinco hijos y una esposa
Que Guadalupe se llama.

Vive en la otra un empleado
Que no se emplea ya en nada,
Porque se halla jubilado
Aunque sin júbilo se halla.

No tiene hijos, pero tiene
Una costilla tan cara,
Que caro le cuesta al misero
Carcen de que llevarla.

En la otra vive una viuda
De un general de brigada,
Que es *todita una señora*
Segun ella se proclama.

Es una historia viviente,
Que, sin cansarse, relata
La vida de las vecinas
Con todas sus circunstancias.

Es doña Anita su nombre,
Mas fuera mejor llamarla
Clarita, segun es ella
De critica y de clara.

En la otra vive una jóven
Muy honesta y recatada,
Que tendrá unos quince Abriles,
Y que Soledad se llama.

No tiene en su compañía
Mas que una mujer anciana;
Y los domingos tan solo
Entra un jóven en su casa.

Un jóven á quien Mendivil,
O bien primo, ella le llama:
Hombre fino y de presencia
Arrogante y buena cara.

Vive en la última vivienda,
De la cual hablar nos falta,
Uno que fué comerciante;
Mas que quebró por desgracia,

Y que á corredor de número,
Para mantenerse entrara,
Y mantener á su esposa
A quien ciego la idolatra.

El se llama D Hipólito,
Y la muger doña Clara,
Que aun conserva algunos restos
De belleza, garbo y gracia.

Esta jente, pues, que vive
En estas viviendas altas,
Es el medio entre las clases
Que se nombran alta y baja.

Es la clase que mas sufre:
La que no goza de nada,
Porque ser á medias pobre,
El colmo es de la desgracia.

Que el pobre entero, contento,
Vestido ó desnudo anda,
Y sin vergüenza á ninguno
Va do el deseo le llama.

Pero el que es á medias pobre;
El que por decente pasa,
Se avergüenza si á la calle
Va sin levita ó casaca.

Quiere que nadie conozca
La hambre y miseria que pasa;
Y ¿el *qué dirán?* el tormento
Es que sin cesar le mata.

El á un ejercicio bajo
No puedè ocuparse en su ansia,
Porque ¿*qué dirán las gentes?*
¿*Qué dirán los que le tratan?*

El militar y empleado
Que sus sueldos no les pagan,
Antes quieren morir de hambre
Que empañar su ilustre fama.

Porque ¿*qué dirán del uno*
Que se halló en veinte campañas,
Y del otro ¿*que dirán,*
Los que antes le respetaban?

Esta honrilla les contiene
Y su desventura labra;
Y para ocultar miserias
Se presentan de casaca.

Mas ¡que casacas, Dios mio!....
De tanto limpiar gastadas,
Sin pelo, de hechura antigua,
Del tiempo en que el rey rabiaba.

De cuello donde metida
Casi la cabeza se halla:
De *punto de caramelo*,
Es decir, sobre la espalda.

Con faldon de gallardete
Que le llega hasta las tavas,
Y que se abre, si camina,
Como abre un buitre sus alas.

Pantalon negro, brillante,
Por el uso y por la grasa:
Angosto mucho, y tan corto,
Que á los zapatos no alcanza.

Un chaleco tan raquítico,
Que entre el pantalon y él se halla
Un espacio, por do sale
La camisa que fué blanca.

El sombrero es ya *gallina*,
Pero gallina mojada,
Aplastado de la copa
Y colgando y rota el ala.

Mas si ellos así se encuentran,
Sus familias desgraciadas
Se mirán mas desprovistas,
Sin duda alguna, de galas.

Quien tiene cinco hijas bellas
Y á mas su costilla cara,
Para salir á la calle
Dos vestidos tiene en casa.

¿Quieren pasearse? dos salen:
Las otras cuatro encerradas
Quedan remendando ropa,
Cubierta ya de puntadas.

Y así se van alternando
De dos en dos las muchachas,
Mientras se pasean unas,
Quedándose otras en casa.

Así es que los dos vestidos,
Ya los acortan ó alargan,
Segun sean las que salen
Chicas de cuerpo ó bien altas.

¡Pobres familias! bien dignas
De otra suerte menos mala!....
Familias que deberían
Pasar una vida plácida.

Mas ¡ah! el gobierno las deja
Perecer en la desgracia,
Deteniendo al militar
Y al empleado su paga.

Dándoles tercera parte
Del corto sueldo que ganan,
El día en que le conviene
Consolar á tantas almas.

Vese la comisaría,
Cuando se anuncia una paga,
Llena de viejos soldados
Y tristes viudas sin calma.

De ilimitados que sufren
Sin límites duras ansias,
Y se limitan, contentos,
A una paga limitada.

¡Y afortunados el día
En que algo por dicha agarran,
Pues hasta un mes pasar suele
Desde el aviso á la paga!...

Así es que todos los días
A ver si algo les dan, marchan,
Allá á la comisaría
Donde horas bien tristes pasan.

Mas dejemos este punto,
Y volvamos sin tardanza,
A donde quedó la historia
Que tenemos comenzada.

Entremos, por un momento,
De doña Anita á la casa,
Que con la esposa querida
Del jubilado se halla.

Las dos son amigas íntimas,
Y se cuentan lo que pasa
Mutuamente ya en la calle
O en las viviendas cercanas.

Mas oigamos lo que dicen
Las dos vecinas amadas,
Pues comiendo honra, sin duda,
Del triste vecino se hallan.

—Pero escuchad, doña Anita:
Yo me hago cruces, me pasma,
El ver el lujo que tiene
Nuestra vecinita Clara.

Los corretajes, yo creo,
Que no dán tanta ganancia,
Para gastar en vestidos
De gros y de tarlatana.

—¡Corretajes!... buena es esa!...
Si yo la contara, mi alma...
Pero soy una señora,
Y esto para callar basta.

—Pues ¿qué, le sabeis vos algo?...
—Pues si su vida es un drama:
Si me pusiera à contaros
La vida de ella que es trájica...

Pero soy una señora,
Como lo sabeis mi alma:
Viuda del Sr. Torcuato,
Un general de brigada.

Pero ya sabeis las cosas:
El gobierno no nos paga,
Y estamos todas las viudas
Así á vivir obligadas.

¿Quién le habia de decir
Al difunto, que en paz yaga,
Que su Anita se vería
Reducida á la desgracia!...

Pero volviendo à Clarita...—
Mas antes me dais palabra
De que entre las dos tan solo
Quedará el secreto, mi alma.

—Por supuesto: dijo la otra,
Que por saber ya rabiaba:
Podeis fiaros de mi...
—Lo sé bien, doña Bernarda.

—Porque á mí quitar el crédito
Jamás á nadie me agrada...
Como soy una señora...
—Por supuesto.—Y muy honrada.—

Pues ha de estar, vecinita,
En que la madre de Clara,
Estaba de cocinera,
Del comercio 'en una casa.

—¿Qué me decís, doña Anita?
—Lo que estais oyendo, mi alma;
Y en su compañía entonces
Clarita tambien estaba.

—¡Jesus! que cosas se ven...
—Cosas que parecen fábulas.
Pero volviendo á la historia,
Escuchad, doña Bernarda.

El principal de la tienda
Se prendó de la muchacha,
Y ahí teneis que fué señora
De la noche á la mañana.

Casóse con ella el necio,
Sin notar en la distancia
Que habia allí de ella á él,
Y fué señora fulana.

Por supuesto que la madre
Tambien de la doña Clara,
Ascendió de cocinera
A costurera de casa.

Así vivieron un tiempo;
Pero como dice, mi alma,
Un refran que, al fin al monte,
Y es verdad, tira la cabra.

Prendose de un dependiente
De su esposo, la malvada,
Y le hizo saber su amor
Con señas y con palabras.

—Me estais contando unas cosas
Que me tienen admirada.

—Ya veis, soy una señora,
Y la verdad digo clara.

—¡Por supuesto ¿quién lo duda?
¡La viuda de una brigada!....
—De una brigada no: viuda
De un general solo, mi alma.

—Es lo mismo.—Pues siguiendo
Nuestra historia comenzada:
El dependiente parece
Que no fué ingrato á sus ansias.

Mas por fortuna, el esposo
Sorprendió algunas miradas,
Y temiendo al dependiente
Lo despidió de su casa.

Mas poco alcanzó con esto,
Porque empezaron las cartas
A hacer un fuego graneado
Por medio de una criada.

Pero el dependiente á poco,
Dejó de verla y hablarla,
Porque de otra enamorose
Hermosa jóven y cándida.

Mas cuando llegó á saber
Que por otra la olvidaba,
Juró vengarse del hombre
A quien se rindió su alma.

Y comprando con dinero,
De él á una infame criada,
Un veneno en la comida
Le dieron que le matara.

—¡Jesus, Jesus, qué delito!...
Esclamó doña Bernarda.
¿Y murió?—No: porque un médico
Le salvó de grande fama:

Pero quedó padeciendo
Siempre el infeliz mil ansias,
Y vino á morir al fin,
Al cabo de tres semanas.

De resultas del veneno
Que hizo que le dieran Clara.
—Buena vecina tenemos:
No sabia yo sus gracias:

—Mas no le conteis á nadie
De esto, dijo Anita, nada.
Porque soy una señora...
Y ya veis...—Vivid en calma.

—Despues, prosiguió diciendo
Doña Anita, la desgracia
Hizo que su esposo Hipólito,
Que es un buen hombre, quebrara.

Y al mirarse en la pobreza,
Vinieron á aquesta casa,
Y la vivienda que tienen
Desde entonces alquiláronla.

—Pero ¿qué, los corretajes,
Advirtió doña Bernarda,
Dán para el lujo que ahora
Con tanta profusion gasta?

—Esa es, vecina otra historia.
El usurero Jil Lárraga,
La protege, pues el pobre
Del marido es un Juan Lanás.

—Es verdad: entrar le veo
Constantemente á su casa.
—Cuando yo os lo digo, creo....
Soy una señora y basta.

El quiso, una vez que á verle
Fuí para que me prestara
Alguna cantidad corta
Sobre unas cuantas alhajas,

Relacionarse conmigo....
Pues.... mas llevó calabazas:
Porque soy una señora,
Como vos sabeis, mi alma.

Que aunque mal me esté decirlo,
Soy toda una generala:
Esto es, toda una señora,
Y no hay en mi honra una mancha.

—¡Oh! quién lo duda!.... la esposa
General de una brigada
—Ya vereis....—¡Oh! por supuesto....
—Yo: toda una...—Pues, vos... vaya...

Mas la del número uno?...
—¿Quién, Soledad? Otra maula...
¿No sabeis quién la mantiene?...
—¿Ese que cada semana?...

—El mismo: Felix Mendibil:
Dependiente de la casa
De D. Braulio Flan, que viene
Los domingos á obsequiarla.

¡Pobre cajon!... Pero vedle:
Miradle, doña Bernarda,
Hoy es Domingo: ya sube,
De Soledad á la casa.—

Y ambas, tras de la vidriera
Que hácia el corredor miraba,
Se pusieron á observar
Al hombre que ya llegaba.

Era D. Félix un jóven
De una estatura mediana,
Bien formado, suelto y ágil,
Y de faz muy agraciada.

Como unos veintidos años
Tener de edad demostraba,
Y en los sus ojos rasgados
La franqueza revelaba.

Era honrado á todo prueba,
Y D. Braulio le apreciaba
Por su conducta intachable,
Como á un amigo se ama.

—Es un arrogante mozo,
Esclamó doña Bernarda,
Al tiempo que á la vivienda
De su Soledad entraba.

Mas veamos entre tanto
Que estas murmuronas charlan,
Y á las vecinas el crédito
Quitau sin temor á nada,

A los dos tiernos amantes
Que llenas de amor sus almas,
Sentados frente uno de otro
En este momento se hallan.

Es Soledad una joven
De esbelto cuerpo, delgada,
Amable tierna, amorosa,
De alma celestial y cándida.

En sus ojos grandes, negros,
Sombreados por las pestañas
Sedosas que los adornan,
La pureza está pintada.

Es la su frente espaciosa,
Muy mas que la nieve blanca:
Su boca un boton que se abre
Al suave halago del aura.

Sus mejillas son dos rosas;
Y el dulce aroma que exhalan,
El embriagador aliento
Que hace adormecer el alma.

Sus labios son de claveles:
Sus dientes perlas mas blancas
Que la nieve ó que la espuma
Que del mar las olas alzan.

Su pelo abundante y negro,
Notablemente contrasta
Con su cuello alabastrino
Que Venus misma envidiara.

Es un conjunto perfecto
De virtudes y de gracias:
Una muger pura, hermosa,
Dulce, agradable, simpática.

Humilde el traje es que tiene,
Pero hecho con gracia tanta,
Que se cree es de tela rica,
Su vestido de indiana.

La habitacion en que vive
Pobremente está amueblada,
Aunque el aseo y limpieza
Se nota en toda la estancia.

Mas de Soledad oigamos
Las amorosas palabras;
Que en este instante dirige
Al hombre tierno que ella ama.